

Opinión

Carteles y buitres en Canarias

ANTONIO MACHADO CARRILLO

En las dependencias administrativas suele uno encontrarse toda suerte de carteles pegados en las paredes, o sobre los cristales, o junto a las puertas, o sabe Dios dónde. Esta debe ser una costumbre muy arraigada en nuestro pueblo funcional, pues incluso en las más relucientes y nuevas oficinas, donde todo parece estar ya anunciado en bellos letreros de metacrilato, o grabados en noble bronce, pronto surge —a modo de canto de cisne, como reminiscencia de un pasado que se resiste en pasar al tenaz olvido— el folio torcido, pegado con cinta adhesiva e ilustrado con esmerada caligrafía: “Aquí no se hacen fotocopias”, o cosas así. Pronto el tiempo le va dando la solera de su cutrez, con ese irreplicable leve tono amarillento y las decorativas pintitas marrones que aportan las moscas, tan amigas a frecuentar los letreros espontáneos. ¡Ah, nuestra España...!

Pero en realidad quería hablarles de otra historia. Andaba yo admirando en una oficina de nombre olvidado, la particular y agraciada acumulación de varios de estos carteles en tamaños DIN 4-4, medio folio y tirijala aprovechada de la calculadora con cinta, cuando me fijé en un hermoso cartel, a todo color, editado por Iberia (la compañía aérea, se sobreentiende). El cartel en cuestión lleva por título “Club Pelicano” y representa un mapa de Canarias, muy colorista y lleno de pequeños dibujos que deben evocar aquellas cosas que los pequeños pueden encontrar en las Islas, pues del estilo de los monigotes se deduce que el mensaje va orientado a los jóvenes clientes, para que luego arrastren a sus indefensos papás a los más soñados destinos. Soñar, pedir, comprar. Así es el negocio hoy.

Puestos a soñar, en nuestro cartel hay muchos canarios de cabeza azul (debe ser una raza más noble que la común); en las playas de Fuerteventura y Lanzarote se ven hileras de cocoteros, aquí y acullá surgen parejas de loritos; en Gran Canaria distingo algún gua-

camayo; unas doce ballenas repartidas de modo agraciado y muchos alces —o ciervos, a saber— en La Gomera. Para más suerte, Lanzarote, tiene pinares, en Fuerteventura los llanos centrales están tapizados por plátanos y crecen las vides y estirlitzias; muchas estirlitzias para feliz solaje de nuestras autoridades turísticas. También veo tortugas y plátanos en Jandía y mucho camello (de cuatro patas) en el Teide. Nuestro insigne Cubillo diría que esto es, simplemente, un cartel fruto del godó, pero se equivoca; es un cartel con sueños.

Sirva de ejemplo otra muestra que casualmente encontré en la susodicha oficina. Se trata esta vez de un triptiquillo, poco más grande que una caja de cigarrillos con filtro. También está lleno de colores y muchos, muchos, animales: hay cocodrilos, flamencos, pingüinos, cigüeñas, buitres, suricatos, tucanes, marabú y varias guacamayas, que parece ser ave predilecta, aunque hay que reconocer, que las dos especies más destacadas son una estirlitzia —ajá— y una magnífica águila de cabeza blanca. El título de folleto reza “Tenerife, Parque Ecológico Las Águilas del Teide” y por dentro lleva más fotos, en una de las cuales se ve a la magnífica águila del Teide posándose en el antebrazo de un mozo, muy guapo y canario él, con su vello rubio, ojos pálidos y tez gambina (de color gamba). Ninguno de estos animales son propios de Canarias, me dirá usted. Hombre, águilas, águilas como tal, no hay en el Teide, aunque sí tenemos mucho buitre suelto por ahí. Además, la cosa ecológica está clara y ya ve cómo el verde domina en la foto. Y no me negará que todos soñamos con cosas verdes.

Mal asunto cuando la mentira se vende como sueño, o el sueño se trueca en mentira. Canarias empieza a construirse sobre una gran mentira. Mientras, nuestro personal pegando cartelitos en las oficinas. Y así, hasta que el sueño aguante, o el pueblo despierte.